Hoja del Lunes de Malaga. 30 de Mayo de 1977.

200 AÑOS DE CANTE

30-5-77
HOJA DEL LUNES

(TERCERA PARTE)

Antonio Mairena: «Los gitanos no trajeron el cante consigo porque en ese caso quedarían rastros itinerantes.

4.—GITANISMO, SI... PERO EN LA BAJA ANDALUCIA

Otro problema es el de la naturaleza del propio cante. ¿Es gitano? ¿Es andaluz? ¿Es judío, morisco, hindú, árabe, etc., etc., etc..?

Manfredi, y con él otros muchos autores, se inclina decididamente por el andalucismo primario del cante: «Los gitanos aprendieron el cante jondo conviviendo con los andaluces, y luego lo lanzaron a los públicos como cosa propia. Si hubiera sido al contrario, es decir, que los gitanos hubiesen enseñado a cantar a los andaluces, también se cantaría jondo y flamenco en otras regiones españolas, cosa que no ocurre».

Este razonamiento se atiene, pienso yo, a una lógica excesivamente simplista: si el cante es gitano y los andaluces lo aprendieron de este pueblo, también lo habrían aprendido los pobladores de otras regiones, o incluso de otros países, allí por donde los gitanos pasaron; si no ha sido así, el cante es andaluz y en Andalucía lo aprendieron los gitanos. Pero ocurre que no siempre los hechos históricos se atienen a procesos tan sencillos, y desde luego si hay algo complejo es justamente la génesis del cante.

Incluso las tesis andalucistas no pueden ignorar la importancia del gitanismo en el origen del flamenco. El propio Manfredi de Cano admite: «Lo que sí digo y estoy diciendo es que el cante grande andaluz sufrió con la emancipación de los gitanos, y su consiguiente incorporación, y que fue como resultado de esa revolución atormentadora cuando el cante empezó a interesar a la gente...» Lo que falta por demostrar es que «eso» anterior al cante gitano-andaluz fuera realmente flamenco. Machado y Alvarez creían, por el contrario que el proceso había sido a la inversa, que el cante había sido primero gitano y después se había andaluzado o «agachonado», lo que tampoco puede demostrarse ni parece muy probable (7).

Una cosa es cierta, y que sepamos nadie la ha puesto en duda: el cante se produce en una zona muy concreta de la Baja Andalucía, entre Sevilla y Cádiz; Triana y Jerez, dos centros urbanos con prolíficas gitanerías, se disputan la cuna. ¿Crearon los gitanos aquí el cante? No se puede afirmar sin más, porque entonces nos saldría al paso con justicia el razonamiento de Manfredi: ¿por qué aquí y no en otro lugar cualquiera? ¿Lo crearon los andaluces? Tampoco parece admisible, puesto que si hubiera sido así nos habría llegado alguna noticia, alguna referencia, de esta etapa netamente andaluza, pre-gitana, del cante, máxime cuando en este caso no habría ninguna suerte de obstáculo o tabú para que el cante se conociera, como se presupone que había con respecto a los gitanos.

Solo queda una solución, ecléctica si se quiere, pero la única viable mientras no se descubra algún nuevo dato que pueda dar vuelta a la situación. El cante nace, se produce, se crea, justamente en esa franja de Andalucía, precisamente cuando los gitanos se han asentado en ella y comienzan a elaborar sus propios cantes, primero en sus círculos familiares desde luego, en sus fiestas privadas, para ir trascendiendo poco a poco al exterior. Por supuesto que tal elaboración la realizaron sobre las canciones y las danzas populares, andaluzas, existentes allí a priori, pero que hasta que los gitanos no actuaron sobre ellas no eran flamenco (8).

Y no hay que olvidar las influencias a que antes hemos aludido, la morisca, la judía, la árabe, la hindú y la pakistaní, y la litúrgica, y la americana de los indianos que regresaban del Nuevo Mundo; todas las influencias son admisibles y es lógico que hayan dejado su huella en el cante como la han dejado en tantas otras parcelas culturales de esa tierra, después de siglos de presencia. Por añadidura no hay que olvidar que en los tiempos en que los gitanos eran perseguidos también lo eran los judíos y los moriscos, y es seguro que todos ellos, junto con mendigos y delincuentes castellanos, formarían en convivencia una especie de submundo social cuyos distintos elementos se influirían mutuamente en gran medida. Quizá, quién sabe, el flamenco se produce precisamente en esa zona de nuestra Andalucía por haber sido una tan peculiar encrucijada de pueblos y razas, de culturas y tradiciones, de credos, de supersticiones, sobre todo lo cual el pueblo gitano allí radicado, gran receptor siempre de lo que halla a su paso, actuó de manera determinante. Y un día, sin que sus propios contemporáneos se dieran cuenta muy bien, se hablaba ya de las tonás del Tío Luis el de la Juliana, que acaso no fuera el primer cantaor, pero que es seguro fue uno de los primeros.

Se olvida con mucha frecuencia la evidente afinidad que en muchos aspectos hubo siempre entre gitanos y andaluces, que sin embargo, algunos autores pusieron de relieve con fina perspicacia. Tal es el caso de Carlos y Pedro Caba cuando se referían a que «Una oscura simpatía atávica, efectivamente, debió hallar el pueblo gitano en el andaluz para incorporarse en urgente metabolismo a su espíritu, a pesar del odio que desde la pragmática citada ha venido informando los textos legales españoles..

Y ese metabolismo gitano-andaluz (simbiosis si se quiere) es innegable. Porque no solo se agitana el acervo musical andaluz y su habla..., sino que también se rastrean sus huellas y sus costumbres en el pueblo andaluz, amasado ya con levadura africana, hebrea e islámica y gitanos de remota cronología... Encontró el gitano viejas resonancias de costumbres atávicas y milenarias que se reincorporó y, en cambio, él trajo otras que se generalizaron pronto en toda Andalucía. Por ejemplo: la práctica quiromántica de la «buenaventura», muy generalizada entre los orientales y especialmente en Persia, se había perdido entre los árabes andaluces hasta reinstaurarla los gitanos. El temor a los ofidios probablemente de brumoso abolengo totémico en la India, de donde pasa transmutado al mito mosaico de la serpiente, se incorpora al sentimiento pánico y supersticioso del andaluz, en forma de temor a la «bicha» que le obliga a «tocar jierro», práctica supersticiosa hebrea para purificarse de ángeles malignos... Por otra parte, acaso de la ascendencia indofaraónica del gitano, le nace esa rara modalidad psíquica que podría expresarse así: su plebeyismo prócer, que es también, y a simple vista, un matiz típico del andaluz. Este rumía su sorda rebeldía como un paria, parece resignado con la pena de un hebreo y se conduce siempre, hasta cuando obedece, con la dignidad altiva de un sultán. El faraonismo gitano... es impronta claramente marcada en el andaluz. En cambio, la ingeniosidad ecléctica, el dicho intencionado y substancioso del gitano es de adquisición andaluza, como lo demuestra el que los gitanos de Bohemia, de Croacia y Rumanía carecen de esa característica.»

Caballero Bonald también acepta esta realidad histórica, que hubo de ser fundamental en la gestación del cante. «Sabemos —escribe—, por lo pronto, que los gitanos llegados a Andalucía a través de sus azarosos vagabundajes, encontraron allí, si no precisamente una tierra de promisión, al menos algún tranquilo refugio donde no fueron rechazados o menospreciados del todo. A la vez que ciertos aislados focos moriscos —recordemos esta coincidencia—, no pocos grupos nómadas de gitanos decidieron acogerse a la grata hospitalidad de algunos rincones andaluces. Allí ensayaron sus primeras y míseras posibilidades de coexistencia y allí acabarían por adecuarse, con el correr de los años, al carácter del pueblo...»

En definitiva, pues, parece difícil entender el nacimiento del cante flamenco prescindiendo de lo gitano o prescindiendo de lo andaluz. Temo que esta hipótesis no convenza a todo el mundo, pero a la luz de los datos que conozco es la única que puedo defender. El mismo veterano cantaor no gitano Pepe el de la Matrona, cuando niega la paternidad del cante a los calés, se contradice seguidamente afirmando que «hasta 1850 ni en la misma Andalucía se permitía a un payo que fuera artista flamenco por el desprestigio que tenían los gitanos, pues lo único que hacían era armar escándalo y pedir limosna», lo que evidentemente equivale a hacer de todo artista flamenco un gitano con anterioridad a aquella fecha. «Lo mismo me da a mí que cante un gitano, que un negro, que un amarillo», me dijo en una ocasión este mismo cantaor, pretendiendo desvincular el cante de toda motivación racial. Y en esto sí que nadie puede estar de acuerdo, incluso quienes defienden a ultranza el andalucismo flamenco, pues ciertamente el día en que un negro o un amarillo canten por seguiriyas, el flamenco habrá dejado de ser flamenco. Prueba de ello es que algún caso dado de cantaores extranjeros, todo lo meritorios que se quiera, no pasaban de ser versiones puramente miméticas aprendidas de grabaciones discográficas.

José Menese en cambio —y cito con intención otro cantaor payo—, declara siempre que tiene ocasión su convencimiento de que el flamenco sin lo gitano «no vale ná... Los gitanos son los que le han inyectado a este arte o a lo que se llame esto, esa fuerza, esa llama...» (9).